

LA CASA AMARILLA
DE LAS CONTRAVENTANAS AZULES

Raúl Fraga Isasa

LA CASA AMARILLA DE LAS CONTRAVENTANAS AZULES



Primera edición: noviembre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Raúl Fraga Isasa

ISBN: 979-13-88411-70-0
ISBN digital: 979-13-88411-71-7
Depósito legal: M-27416-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Quiero dedicar esta novela al pueblo de Cortes de Navarra, porque en sus calles y con su gente he pasado muchos agradables momentos. De tal forma que siempre lo he considerado mi pueblo. En él me he inspirado muchas veces al escribir mis novelas e incluso hasta en esta he podido vivir situaciones similares a alguna de las que aparecen en ella.

RAÚL FRAGA ISASA

PRIMERA VISITA

I

Mi existencia resultaba rutinaria y aburrida. Huía de planteármela así; sin embargo, no podía evitar sentirla de este modo.

La vida en Madrid era más o menos amable. Tenía amigos, un trabajo agradable que no me daba mucho dinero, pero sí ciertas satisfacciones. Mis hijas estaban bien y me mostraban muy de vez en cuando su cariño. No me solía encontrar mal de salud y Nora me daba, en algunas escasas ocasiones, otras cosas que necesitábamos los dos… Incluso hasta con mi ex, Valentina, no me llevaba del todo mal.

—Tú vives demasiado bien, Kike —espetó Andrés mientras me acercaba una taza de café.

—Intento no complicarme mucho la vida, Andrés —me justifiqué—, yo no he nacido para sufrir; no he valido nunca para eso.

Andrés es el camarero del bar de profesores de la facultad y es uno de mis buenos amigos. Desayunamos juntos todos los días a las ocho y cuarto de la mañana. Yo le traigo, de vez en cuando, algunas verduras de Apioz, y él me suele dar tarros de miel de sus colmenas. Algún fin de semana voy a su pueblo, en la Castilla profunda, y damos grandes paseos por los pinares o vamos a pescar juntos. Nunca pesco nada, pero Andrés pesca por los dos y me gusta mucho contemplar la cara de satisfacción que muestra cuando volvemos. Siempre me da un par de peces, que nunca me acuerdo de cómo se llaman, para no demostrar demasiada ventaja; a él tampoco le gusta abusar.

—El próximo fin de semana me voy a mi pueblo. Hace ya más de un año que no aparezco por allí —le dije.

—Tráeme simiente de borrajas, no te olvides —me insistió.

—Vale, vale, Andrés. Llamaré hoy mismo a mi primo para que las compre… Él te llama Borrajero porque siempre me dices lo mismo.

—Es que por aquí no las hay. Ya te he dicho que lo he preguntado muchas veces…

—Está bien, hombre, si a mí no me cuesta nada —le respondí.

Andrés no pasa desapercibido: alto, de poblada y corta cabellera, abundante bigote negro, tez blanca como la cera y un tanto desgarbado en el vestir… Y, sobre todo, es un buen hombre, sin falsas palabras; es bueno de verdad. Te da lo que tiene y es capaz de quedarse sin comer para dejártelo a ti. Lo quiero mucho.

A las tres y media fui a casa de Nora. Me había invitado a comer. Llegué muy tarde. No pude ir antes. Me retrasaron en la facultad porque teníamos una reunión de departamento, que me resultó tediosa y que no conseguí evitar. Se decidían muchas materias que, de alguna manera, me afectaban y no pude dejar de ir. La llamé por teléfono a las dos y media y se lo dije con claridad. Y salí de allí precipitadamente en cuanto pude.

—¡Al fin llegas! —dijo al verme en su puerta.

—Ya… No he podido hacer otra cosa. ¿Habéis comido?

—No, te estábamos esperando… ¿Cómo me puedes decir eso? Si te lo dije ya cuando hablamos por teléfono —me puntualizó ella—. Eres el de siempre, Kike.

—Es que es tan tarde…

Nora estaba con Ernesto, su vecino. No me hacía mucha gracia su presencia. Siempre había pensado que se entendían de alguna manera… Ella decía que era gay, pero a mí no me lo parecía en absoluto, solo había que darse cuenta en cómo la miraba. Además, era un guaperas y un chulo, que iba siempre vestido de forma impecable, que la visitaba con demasiada frecuencia y se pavoneaba de los logros en su trabajo como comercial de empresa.

Nora era algo exhibicionista. Le gustaba siempre llamar la atención y tenía además un cuerpo lo suficientemente atractivo como

para lograrlo: alta, de cara insinuante y con una silueta muy femenina. En su casa solía ir bastante ligera de ropa, con batas excesivamente cortas y decididamente sexis. «Aquí me gusta estar cómoda, ya lo sabes», me decía justificándose.

—Has hecho canelones… ¡Qué bien! —dije sentándome con ellos dos en la mesa redondeada de su salón.

—Los he hecho por ti, así que cómo no te íbamos a esperar, Kike.

—Yo también he ayudado —reclamó Ernesto impertinente.

—Sí, a poner la mesa, y mal —dijo ella riéndose.

Ernesto empezó a no digerir bien la comida con aquella contestación. No había más que mirarle la cara. No obstante, él tenía muchas tablas y la aguantó sin apenas replicar, porque yo creo que en el fondo estaba perdidamente enamorado de Nora.

—Te vas entonces a tu pueblo, Kike, a Apioz —dijo ella.

—Sí, me voy mañana… ¿Te quieres venir conmigo? —le dije mirando intencionadamente a Ernesto.

—No puedo. Trabajamos este fin de semana ¡Menudo coñazo! Además… Mañana es jueves, ¿no? —me contestó la mujer.

—Sí, quiero estar varios días… Me moveré un poco por allí. Lo cierto es que me apetece mucho después de tanto tiempo.

—Menuda cara tienes. ¡A ver qué haces por allí!

—¿Qué voy a hacer en Apioz, Nora…? Tú crees que se pueden hacer muchas cosas, aparte de dar paseos por el campo y jugar al mus en el bar.

—La verdad es que sí me apetecería conocerlo. Me has hablado tanto de él, y además no conozco nada de Navarra… En el próximo viaje te acompaño. ¡Te lo juro!

Nora trabajaba en las oficinas de El Corte Inglés. Era licenciada en Historia, aunque no había encontrado nada relacionado con su campo y se había tenido que conformar con aquello. Sin embargo, ella estaba contenta porque estaba bien considerada. Ganaba más de dos mil quinientos euros al mes y tenía el trabajo cerca de casa.

—No necesito más… Bueno, sí, de vez en cuando estar contigo. —Me sonrió y, levantándose de la silla, me abrazó de forma cariñosa.

—¿Conmigo solo? —contesté.

—Contigo y con muchos más; cuantos más, mejor —respondió, mirando ahora a Ernesto, que dibujó en su cara una sonrisa irónica.

Lo que más destacaba de Nora era su carácter positivo y lo sumamente agradable de su trato. Sabía también jugar con los hombres que la rodeaban. Y aunque tal vez no era muy guapa de cara, sí que tenía cierto atractivo: era casi tan alta como yo, delgada, tetitas importantes y bien colocadas y con unas piernas preciosas. Conservaba todavía la figura de los veinte años, aunque no era mayor. Acababa de cumplir los treinta y ocho.

No quiso que esa noche me quedara con ella en su casa, aunque yo no me fui de allí hasta que se marchó su vecino Ernesto. Ella me miró dedicándome una sonrisa bastante maliciosa.

—Te digo otra vez que es gay —repitió al volverse hacia mí y cerrar suavemente la puerta—. Vive con Alberto, su novio, y… da gusto verlos haciéndose caricias.

Se me había olvidado lavar el coche y aún conservaba barro de mi última visita al campo, precisamente al pueblo de Andrés. Y, por supuesto, eso no iba a retrasar mi viaje; en aquel momento me daba igual. Había quedado para cenar en casa de mi primo Pachi, eran ya las cinco de la tarde y tenía que arrancar. A Navarra no se llegaba en una hora, tenía que salir ya. Bueno, por lo menos la maleta la tenía hecha y cargada en el maletero, así que aceleré mis asuntos pendientes lo antes que pude y me puse en carretera.

No quería que me cayera la noche encima; sin embargo, no lo pude conseguir y paré en Almazán a descansar un rato y a tomar un café. La semana había sido movida y lo notaba en el cansancio y en el sueño. Ya no tenía ni veinte años ni treinta ni siquiera cuarenta… Dentro de cuatro años entraría en los sesenta. ¡Joder, los sesenta! Me estaban ahí esperando ya. No me lo podía ni creer y

me sonaban tan mal... Tal vez, mejor no pensar en eso mientras no me cayeran como una losa encima; además, aún me quedaba algún tiempo… Pero me daba la sensación de que los momentos en los que notaba cierta fatiga estaban llegando ya.

Casi siempre que me paraba en Almazán, entraba en el mismo sitio a tomar algo y allí me atendía la misma sonriente mujer. La veía de año en año, cada vez más mayor y… supongo que también ella me vería a mí igual. Era todavía hermosa, con una belleza muy hispánica: morena de tez y pelo, pechos grandes y avasalladores y trasero también en proporción. Habría querido decirle alguna vez algo, enrollarme un poco; sin embargo, nunca supe hacerlo, y creo que a ella le pasaba igual. Esta vez no fue diferente.

Cuando bajaba de Agreda a Tarazona cambiaba todo, estaba en otro lugar. Hasta el olor de las cosas era distinto y parecía que la gente te miraba de otra manera. No quise parar ya más; seguí por aquellos pueblicos hasta Tudela y de Tudela en adelante, por otra carretera. Avanzando un poco más, pude ver a lo lejos el perfil de Apioz. Eran las luces de las casas y de las farolas de las calles lo que más lo distinguía en aquel momento y, conforme me fui acercando, me fue envolviendo cada vez mayor luminosidad. Hasta que llegó a tragarnos por completo a mi coche y a mí.

Pasaban veinte minutos de las nueve en el reloj de la torre de la iglesia, se veía con claridad desde donde estaba. Atravesé del todo la plaza Vieja y me metí por un par de callejuelas hasta llegar al Corrico, que era otra plaza algo más pequeña. Allí suponía que estarían esperándome para cenar; quizá tenía que haberlos llamado desde Agreda. Aparqué con holgura el Audi: no había más que un coche en todo aquel lado. Saqué mi pequeña maleta de viaje y no hizo falta que llamara a la puerta; Mercedes me había visto por la ventana y me estaba esperando con una sonrisa amable en su cara. Pachi, dentro, se levantó del sofá en cuanto pasé al salón.

—Vamos a cenar, *mocé*, que me imagino que vendrás cansado y nosotros ya tenemos hambre —me dijo.

Ya no tenía costumbre de ponerme a cenar. Cogía de la cocina lo que fuera y me sentaba tranquilamente delante de la tele a tomármelo relajadamente. Aquí era diferente, todavía eran una pareja que se llevaba bien y que tenía la costumbre de respetar la ceremonia de la cena.

Y esa cena fue larga, aunque la sobremesa corta porque Pachi quiso continuarla fuera de la casa. Mercedes no quiso salir, se excusó diciendo que estaba cansada. Era una mujer muy casera, le encantaba ejercer de ama de casa y que la alabaran por ello. Por eso era fundamental recrearse en cada plato e incluso hasta mostrar sorpresa por las pequeñas originalidades que se pudieran percibir. Se notaba claramente en su cara la satisfacción que le producía cualquier halago.

Ella se conservaba bien, era de mi edad. Algo más baja que yo, solía arreglarse de forma recatada, aunque con cierta elegancia y también con cierta actualidad. Como mujer, siempre había tenido un atractivo que, desde luego, conservaba.

Mi primo me llevó directamente al casino, que era el banderín de enganche de sus amiguetes seminocturnos. Empecé con un café porque sabía lo que me esperaba. A la media hora, ya había saludado a más de diez personas, todos hombres, de los que conocía más o menos a la mitad. Y los demás decían que me conocían a mí, cosa nada extraña porque ellos estaban siempre más a la expectativa con el forastero, y a mí ellos me pasaban más desapercibidos.

Pachi había cumplido ya los cincuenta y ocho, era un hombre serio y conservaba casi siempre las formas. Algo más alto y ancho que yo y de voz más grave, llevaba siempre su uniforme, que no era tal, pero a mí me lo parecía porque, aunque cambiara de ropa, lo veía siempre igual.

Miguel Ángel y Chomin se nos pegaron enseguida; a ellos sí que los conocía desde hacía mucho tiempo. Especialmente a Miguel Ángel Vera, que había sido desde siempre amigo de mi primo Pachi. Recuerdo, en una ocasión, de niños, cuando se tiró con la bici al Ebro y no la pudo sacar después a pesar de sus innumerables

esfuerzos para conseguirlo. Esa noche tuvo que dormir en casa de mis abuelos porque su padre lo echó de su casa. Para mí, que entonces tenía ocho años y era dos años menor que él, aquello había sido una heroicidad. Y no comprendía cómo podían castigarlo así por eso. Qué falta de sensibilidad tenía la gente mayor, eran incapaces de reconocer el mérito que tenía su acción, aunque se hubiera perdido en ella la bici.

—Vámonos al Chévere un rato —insistió Chomin.

—Joder, Chomin, siempre estás igual, eres un culo de mal asiento. ¿No estás bien aquí en el casino o qué?

—Déééjalo, Miguel Ángel —le dijo Pachi —, que quiere ver a la Cristina un rato.

Chomin era el más joven de los cuatro y andaba medio liado con la camarera de una especie de pub que habían montado un venezolano, llamado Alexis, e Isadora, su mujer, hacía ya dos años. Cristina era una chica que aún no había cumplido los treinta y tenía que ganarse la vida trabajando de dependienta de día en un súper y por la noche sirviendo copas hasta las doce de la noche, y hasta las dos de la mañana en los fines de semana. Su anterior pareja, un borracho empedernido del pueblo de al lado, le había hecho una hija con diecinueve años. Y hacía más de dos que las había abandonado.

El casino estaba en la plaza Nueva y el pub, llamado Chévere, en una de las cuatro calles que daban a ella. Salieron los cuatro del primero y se dirigieron directamente al pub. Era un local más pequeño y estaba más cargado, de gente y especialmente de ruido. La música sonaba desde varios sitios y dos televisores ofrecían imágenes de discoteca. Allí no habría menos de treinta personas, casi todo hombres.

Aquí pedí un cubata, era lo suyo. Y estos, cerveza; siempre tomaban botellines de cerveza, uno detrás de otro. Se podían beber veinte cada noche que salían; que solía ser el viernes, el sábado y algún que otro jueves, como hoy.

—¿No trabajáis mañana?

—Yo no —me contestó Chomin enseguida.

—Y yo abro la tienda cuando quiero —me dijo Miguel Ángel.

A Pachi lo habían jubilado este año en la Caja de Ahorros. Y Chomin, un muchachote alto y fornido del norte de Navarra, era maestro en Apioz desde hacía más de cinco años. Pero todos llevaban una vida relativamente tranquila, con la tranquilidad que un pueblo debe dar. Y, en muchas ocasiones, sentía envidia de verlos así.

Detrás de la barra, Cristina servía continuamente bebidas, tenía una práctica impresionante; daba gusto verla actuar… Cómo sacaba el vaso apropiado para cada cosa, le añadía el hielo y el limón o lo que fuera cuando se los tenía que añadir y abría las botellas con la precisión que disparaba un pistolero en las películas del Oeste. Ella lo sabía y se sabía muy observada, incluso con miradas de deseo, que no le molestaban porque era atractiva, joven y, a pesar de sus medios, solía vestir con bastante gusto. La acompañaban Alexis y su mujer, los dos dueños de aquel local, grandes los dos como dos osos, simpáticos y buenos profesionales. Sabían llevar el negocio.

Tomamos tres rondas más, yo una de ellas de café: no quise marearme demasiado. Estos hablaron con varios por allí e incluso saludé a un primo lejano al que llevaba mucho tiempo sin encontrarme. Después, salimos del pub, menos Chomin, que se quedó hablando con Cristina.

—Déjalos. Se acabará yendo con ella cuando cierren, llevan tiempo así. ¿Vamos un ratico al Trébol? —apuntó Miguel Ángel.

—Vamos —contestó Pachi y, mirándome, me dijo—: Te animas, ¿verdad? No es todavía la una.

Este local tenía mucho menos ambiente. Estaba más iluminado, en silencio y solo había dentro dos personas. Tuvimos que atravesar varias calles hasta llegar y no había ya nadie por ningún lado. Me animé a tomarme otro cubata, aunque esta vez insistí en que tuviera muy poco ron, y la única persona que servía me hizo caso.

—¿Vamos mañana a caminar? —dijo mi primo ahora.

—¿A eso te dedicas ahora, Pachi?

—Se lo estoy diciendo a Kike, no a ti, Miguel Ángel.

—Supongo, porque sabes que a mí no me vas a liar, con tu primico puedes hacer lo que quieras.

—Me parece una buena idea —contesté yo—, pero para eso nos deberíamos ir ya a la cama, ¿no te parece? Porque ahora sí es más de la una.

Cuando entramos en su casa, estaba todo apagado y en silencio. Dos gatos descansaban en el comedor, uno con un cojín debajo y el otro sobre una silla. Y, aunque parecían los dos dormidos, detectaron perfectamente nuestra presencia; el instinto no se fiaba de nadie. Yo me fui hacia la habitación que me había indicado Mercedes, en donde había dejado mi maleta y que era la que utilizaba siempre. Antes de cerrar, Pachi me dijo:

—Mañana, si te parece, salimos a andar a eso de las diez o diez y media.

—Me parece, me parece… Venga, que duermas bien.

—Vale, hasta mañana, *mocé* —me contestó con la voz acartonada.

Dentro de la cama me sentí mejor, aunque el estómago me daba ciertas vueltas. El recuerdo del sabor de los cubatas me atormentaba un poco; sin embargo, estaba tan cansado que me dormí enseguida.

Las campanas de la iglesia, que estaba tan cerca, se encargaron de irme despertando poco a poco por la mañana… Daban las enteras, los cuartos y las medias, como siempre. Pero solo las oías cuando ya empezabas a ser consciente de que te tenías que levantar, y así lo hice, aunque relajadamente. Todo allí se hacía mucho más relajadamente que en la bulliciosa y acelerada ciudad.

El recuerdo me volvió a colocar en los quince o en los dieciséis años. Cuando el domingo, a partir de las nueve, don Nicolás, el bondadoso párroco de entonces, alternaba las campanadas con una deliciosa música clásica, que se escuchaba suavemente desde los altavoces de la torre de la iglesia y me hacían pensar en la misa mayor y… en Jona.

Jona… Me la imaginaba vestida toda de blanco bailando conmigo al ritmo del *Vals de las flores* de Tchaicovsky, que es lo que más me sonaba ahora de aquel dulce recuerdo. Entonces Jona era mi principal ilusión, aunque incluso a los dieciséis ni siquiera había hablado con ella… Bueno, no había hablado con ella en lo que se podía considerar una charla o una conversación, pero sí nos habíamos dicho algunas palabras sueltas. Sin embargo, era plenamente consciente de que me miraba tanto como yo la miraba a ella. Incluso, una vez, al salir de la iglesia, la agarré suavemente de la mano y ella no me la soltó hasta que no se encontró con sus amigas… Le escribía también poesías, que guardaba secretamente dentro del armario.

Ayer te vi en la puerta de tu casa
fue como un sueño o como una ilusión
te vi tan blanca, tan alegre, tan bonita…
que no te vi, tembló mi corazón.

Jona era una de las hijas del director de la fábrica del pueblo. Era una fábrica de productos químicos y ellos eran alemanes y estuvieron viviendo dos años en Apioz. Yo solo la veía los veranos, que es cuando estaba por allí. Años después, me pude enterar, a través de una amiga común, que se aburría muchísimo en el pueblo porque nadie se atrevía a salir con ella.

Desde hacía rato escuchaba algo de ruido cerca. Miré el reloj y me levanté, eran las nueve y media. El estómago ya estaba del todo bien y empezaba a tener hambre, así que dirigí mis pasos hasta la cocina; allí estaba Mercedes con sus cosas. Y hasta había hecho churros, ¡qué maravilla! Entonces comprendí con sorpresa que los churros también se podían hacer en casa.

—¿Qué tal has dormido? —me preguntó con una deliciosa sonrisa.

—Bien…. Eres increíble, Mercedes, te tomas demasiadas molestias conmigo.

—¿Lo dices por los churros? Los hago todos los fines de semana, así sé que estoy en fin de semana.

—Hoy es viernes —le aclaré yo.

—Pues eso, los hago los viernes y los sábados, los domingos hago otra cosa.

—Ah —le respondí asombrado por la versatilidad.

—Pachi se levanta ahora, ya está despierto. Anoche no vinisteis muy tarde, ¿verdad?

—No demasiado… ¿Te enteraste? —le pregunté.

—Pues sí, venía tu primo demasiado juguetón —insinuó picaronamente.

—Eso es bueno, ¿no?

—Pue sí, si no has bebido, y… si no despiertas a tu pareja —dijo contundentemente.

—Ya —respondí yo, por decir algo.

En aquel preciso momento, entraba Pachi por la puerta de la cocina embutido en una bata espantosa. No dijo nada, pero se nos quedó mirando. Mercedes lo recibió con una pequeña reprimenda.

—¿Cómo vienes así? Péinate por lo menos porque llevas un pelo *pa* cada *lao*.

—Has visto, Kike, qué churros tan cojonudos me prepara Merceditas. ¿Te gustan los churros? —dijo él intentando alabar en aquel momento a su mujer.

—No los he probado todavía, solo los he olido y huelen muy bien —contesté.

—¡Venga! Sentaos los dos, que os llevo la leche, calentita, ¿no? —dijo Mercedes, que ya estaba totalmente metida en faena.

A mí la leche caliente no es que no me guste, es que me repatea, porque me quema la lengua y me deja mal sabor de boca para todo el día, aunque no le quise decir nada. Así que ya esperaría un poco para tomármela.

Nos pusimos ropa propicia para caminar. Yo, una camiseta de verano y una sudadera que me valía para todo, unos vaqueros y unas zapatillas deportivas con calcetines. Estábamos en abril y, ha-

ciendo algo de ejercicio, se podía ir así mientras no hiciera demasiado viento. Antes de marchar con Pachi, salí al patio y llamé a Nora por el teléfono móvil.

—¿Para qué me despiertas? —me respondió gritona.

—Para decirte que llegué aquí bien, a Apioz, y que estoy bien… ¡Siempre me regañas cuando te llamo!

—Es que estaba durmiendo, cariño, anoche salí.

—¿Dónde fuiste? ¿No te irías con el guaperas de Ernesto?

—Bufff, eres insoportable, tío. ¡Ernesto es gay! Aunque tampoco me importaría nada hacérmelo un día con él… —me dijo cabreada.

—¿Entonces con quién fuiste? —le insistí.

—¿A ti qué te importa?

—No me importa, yo también salí aquí —dije.

—¿Y dónde fuiste? ¿No te irías con ninguna por ahí? —me preguntó ella.

—¿Y yo ahora qué te tengo que contestar…? Estuve en un par de bares tomando algo con mi primo Pachi y con gente de aquí.

—Qué bien te lo pasas —insinuó con cierto retintín.

—¡Pues como tú…! Me voy con mi primo a andar ahora por el campo.

—Pero si no son ni las once… —dijo asombrada.

—Cómo se nota que hoy no trabajas…

—Pero trabajo mañana y pasado, ¡me cago en la puta! —protestó ahora ella.

Cuando terminó mi conversación, me encontré detrás de mí a Pachi, sonriente, con un sombrero de tela de gabardina y un pequeño bastón, iba más abrigado que yo y me lo advirtió.

—Ponte algo más de ropa, que hoy hace cierzo.

—No noto yo que haga demasiado viento…

—Aquí no se nota porque estás protegido, pero hace cierzo. Hazme caso, que lo noto y se ve… Mira el toldo del vecino cómo se mueve: el cierzo siempre sopla en esa dirección —me aclaró él.

Le hice caso y me puse un jersey debajo de la sudadera y una gorra de visera que me dejó Mercedes.

—No volváis tarde, que hoy viene Ana a comer. Y comemos a las dos, ya sabes.

Mercedes siempre tan atenta y tan puntillosa. Ana era su hija, que vivía en Tafalla y venía con su marido y con su hija a comer como muchos otros fines de semana. Pachi y ella tenían otra hija, Ester, que ahora trabajaba en Pamplona. Aunque esa era más joven e independiente y se acercaba poco por Apioz.

Arrancamos al final: fuimos hacia la estación y después hasta el canal imperial de Aragón. Pachi procuraba ir defendido del viento, que, efectivamente, sí que se notaba, no había duda. No sé cómo coño lo hacía mi primo, pero nunca nos lo encontrábamos de frente. Por el canal eligió sabiamente una vereda defendida con una hilera de árboles. Varias personas paseaban por allí, era un lugar pintoresco. Él los iba saludando y parándose con alguno de ellos a intercambiar palabras huecas. Yo en algún caso los conocía de vista, aunque poco más.

Cruzábamos el puente, ya en dirección de vuelta, cuando alguien me llamó desde atrás… Era una voz conocida para mí, no la podía olvidar y era de un ciclista. Yo ya sabía quién era antes de que llegara, antes incluso de que me volviera.

—¡José Luis Minondo, ostras, ostras…! Hace miles de millones de años que no te veía, ¡cacho cabrón! ¿Dónde te metes que no te pillo nunca aquí?

Esa sonrisa suya era tan característica que matizaba completamente su cara. Y la risa sonora, después, de aquel gran hombretón, que paraba y dejaba en el suelo la bici para abalanzarse hacia mí y atraparme completamente con sus enormes brazos.

—¡Me cago en diez, Kike! ¡Si estás igual! ¿No cambias nunca tú o qué?

—Tú sí que estás igual, José Luis, el tiempo no te cambia, parece como si no pasara para ti… ¿Pero dónde te metes pues?

—He estado tres años en Barcelona trabajando con mi *cuñao*, y ya llevo aquí tiempo… Lo que pasa es que tú vienes cada vez menos.

—Qué tío… No sabes lo que me alegro de verte… Déjame que te mire bien —le dije emocionado.

Era absolutamente cierto: José Luis Minondo estaba como siempre, por él no pasaba el tiempo, era increíble.

—Aún me acuerdo de cuando salías con la sorianica en las fiestas y te tomábamos el pelo… ¡Me cago en diez! Si parece que fue ayer. Estabas completamente *encoñao* —me recordó en aquel momento.

—Sí, con Eva… —contesté emocionado—, me estuve escribiendo incluso con ella un tiempo desde Madrid… ¡Jopé, José Luis! Tenía veinte años.

—Te hubieras *liao* con ella si hubieras venido más.

—Quizá sí, tal vez tengas razón, pero ella no quiso, yo creo que no acababa de fiarse de mí —respondí.

—Pues sí que te dio fuerte.

—Vente con nosotros a tomar ahora una cerveza… —le insistí.

—No, no puedo… Os veo después, a las siete o siete y media en el casino o por ahí… Iréis con Miguel Ángel Vera, supongo, si vas con tu primo —me dijo para terminar.

Se marchó como vino, volvió a coger la bici y arrancó en dirección a Apioz. ¡Qué tío! La cantidad de momentos que habíamos pasado juntos en casi todas las etapas de mi vida y desde que yo tenía uso de razón… Siempre aparecía así, de repente, como el cierzo: venía, te soplaba y volvía a desaparecer hasta algún tiempo después.

Pero esta vez, y de una forma muy tonta, había tocado una fibra sensible que yo no esperaba. Me cogió desprevenido, sin defensa… Porque no había ninguna razón lógica para que aquello me pudiera afectar así. Había vuelto al pueblo más de veinte veces y nunca, nunca me había vuelto acordar de aquella etapa… De esos momentos tan tiernos que pasé con Eva, hacía ya tanto tiempo… La flauta del fauno Minondo había tocado la nota precisa para despertarla con absoluta fiereza.

II

El cuerpo recupera a veces recuerdos entrañables, que permanecen escondidos y que no has olvidado del todo nunca, que te vuelven a resurgir en el momento más inesperado descomponiéndote el débil equilibrio de tu sensatez. No es fácil dominarlos, no sé incluso si merece la pena hacerlo porque son capaces de reavivar muchas cosas casi perdidas. Es como recuperar un álbum viejo de fotos y volver a encontrarte contigo. Verte en la distancia como un ser ajeno que no lo es y… darte cuenta de la diferencia, de lo que puede alejarte de ti tu propia vida. ¿O es que tal vez tu propia vida, la actual, no tiene nada que ver con lo que eres? ¿Con lo que siempre has sido?

La comida fue agradable. Vino Ana, la hija de mis anfitriones, con su marido y una niña de dos años que también se llamaba Ana y que volvía locos a los abuelos. Prolongamos algo la sobremesa, no demasiado porque querían pasarse por Corella para ver a los padres de Tony; Tony era su marido. Sin embargo, yo estaba ya un poco perdido; para decirlo quizá mejor, estaba bastante ausente. Mercedes sí que lo notó.

—¿Te pasa algo, Kike?

—No, no… Estoy algo cansado, son muchas cosas juntas en poco tiempo —le respondí lo primero que me salió, pero ella no se quedó conforme.

—Acuéstate un rato la siesta, y en la cama. Pachi lo va a hacer ahora mismo, lo hace casi todos los días. Ya verás como, cuando te despiertes, estás mucho más templado.

Lo hice, me vino bien. Dormí casi una hora y creo que me despertó el maullido de un gato; qué forma más agradable de despertar. Era aún de día y la luz se filtraba por todas las rendijas de la habitación. No había ruidos. Mi cuarto daba al patio interior y, aunque por la plaza pasaba algún coche muy de vez en cuando, se oía en la lejanía. A las campanas de la iglesia mis oídos ya se habían acostumbrado.

Cuando salí del cuarto eran más de las seis y Pachi estaba frente a la televisión tomándose un café. No me miró ni siquiera, aunque sabía que estaba allí. Se encontraba embebido en las dos cosas: televisión y café; no le quedaba interés para lo demás.

—¿Quieres un café? —la voz de Mercedes me salió por detrás, ella sí que estaba más pendiente de mis movimientos y, por lo que parece, también de mis deseos.

—Está bien, pero descafeinado.

—Aquí desde hace tiempo no hacemos más que descafeinado, tenemos todos ya los muelles muy pasados —respondió ella medio riéndose de su propia salida.

Me senté en el sofá, también enfrente de la televisión. Retransmitían desde Tolosa un partido de pelota. No tenía mucho interés para mí. Cogí un periódico de encima de la mesa y me puse a hojearlo; era de hoy, Pachi aún los compraba. Mercedes vino enseguida con el café, le añadió un mínimo de leche y me dejó al lado un frasco de pastillas de sacarina. No se las había pedido, aunque supuse que tenía que ver también con lo que decía ella de los muelles y, casi sin pensarlo, me eché dos pastillas.

—Oye, Mercedes, ¿qué sabes de Eva Ortega? Aquella chica que… —me atreví a preguntarle, aunque ella no me dejó ni terminar mi pregunta.

—¿La sorianica? ¿La que te gustaba a ti hace tiempo?

Ostras, qué memoria tenía aquí todo el mundo, pensé, me dejó de piedra aquello. No podía ni imaginar que una cosa tan lejana y tal vez tan leve hubiera dejado huella en el recuerdo de nadie, salvo quizá en los propios protagonistas.

—Para mucho en Tudela. Vivía allí con su marido y tiene a su hijo también allí. Aunque ahora cada vez está más por Apioz. Se quedó viuda el año pasado, Roberto murió de repente de un infarto, fue un palo gordo… Va mucho con las amigas de tu prima Cristina, se lo pasan pipa, son todas separadas, solteras y viudas.

—¡Vaya! —Me sorprendió todo aquel chorreo de información en un instante.

—Ella tiene su casa aquí en la calle Pignatelli, la que va de la plaza de la Iglesia a los antiguos lavaderos. Es una casa amarilla y con las contraventanas azules, es inconfundible.

La información que me faltaba, Mercedes me había situado completamente a Eva en mi punto de mira… No le supe qué contestar y no le contesté.

A las siete y media decidimos salir los tres juntos de casa y fuimos en mi coche. Nos acercamos hasta Tudela. Dejamos el vehículo en un aparcamiento pegado al río Ebro y fuimos andando hasta la plaza de los Fueros. Estaba completamente llena de gente aprovechando el día, que era todavía relativamente bueno, y decidimos sentarnos en una terraza.

El camarero vino enseguida a preguntarnos qué queríamos; estaban muy pendientes. Y pedimos tres chocolates.

—¿Qué tienen para mojar además de churros? —preguntó Mercedes.

—Pues, tenemos bollería, tarta, magdalenas… Ah, y alguna torrija que queda todavía.

—¿Queréis torrijas, chicos? —sugirió ella.

Los dos hombres afirmamos con la cabeza que las queríamos, y debían quedar aún bastantes porque hubo para los tres. La terraza estaba medio cerrada y tenía un par de calefactores dentro; aun así, se veía perfectamente el exterior a través de aquella piel transparente de plástico.

—Sois unos golosos, parece mentira, a vuestra edad.

—No nos señales a los demás, Mercedes, porque tú has hecho lo mismo y no eres tampoco mucho más joven, aunque por supuesto aparentas serlo.

—No me hagas la pelota, Kike, que no me hace falta.

—No te hago la pelota… Es que los de la familia Subiza somos así de galantes.

—¿Ah, sí…? Pues no veo yo esa galantería tan fina en Pachi Subiza. Debe ser que no lo conozco bien todavía, a pesar de que llevamos ya treinta años juntos.

—No pises tantos charcos, Kike, porque luego el que me mojo soy yo —protestó Pachi, viendo que lo nombraban—. Que esta moceta parece muy pacífica de lejos, pero después puede ser una fiera en las distancias cortas.

—Eso les suele suceder a muchas mujeres… —dije yo divertido.

—¡Vaya! Ya salió el machismo a relucir. No lo esperaba de ti, Kike —me contestó ella muy seria.

—No me midas tan cortito, Mercedes… Yo tampoco he creído que fueras una fiera —le respondí.

—Sí, sobre todo eso, una fiera enjaulada, como las del zoo —respondió ella comenzando a cabrearse.

Por el gesto, no me pareció que estuviera muy conforme. Había algo en ella que interiormente resoplaba.

—¿No te gusta la vida que llevas? —le pregunté.

—Pues, a veces no; sin embargo, tampoco me puedo quejar. Me gusta la casa, me gusta mucho la cocina y quiero mucho a Pachi. Lo quiero mucho, y a mis hijas, que ahora ya no están conmigo, también, aunque las veo con cierta frecuencia. A la pequeña menos, porque ella es así, no se lo voy a reprochar. Pero… no sé, necesito algo, necesito algo más: no sé si la vida no me ha dado todo lo que en el fondo yo esperaba o… es que veo ya el final del túnel y pienso que me queda alguna cosa importante por conocer o por probar… ¡Joder! Creo que aún soy lo suficientemente joven para no mirar así ese puñetero final.

Mercedes había cambiado su actitud de siempre por otra más nerviosa, más irritada, que realmente me sorprendió. Aunque no debía de ser tan extraña porque Pachi la escuchó perfectamente y aparentemente no reaccionó.

—¿Te has parado alguna vez a pensar qué quieres? Sin tener para nada en cuenta tu vida y tus circunstancias actuales —le pregunté.

—Tal vez no, aunque ahora ya esté pensando en alto. Es muy difícil quitarse todos los abrigos que te has puesto y que te han puesto en la vida… Quizá vaya un día a un psicólogo —me contestó mirándome fijamente.

—Haz lo que quieras, pero puede ser que no sea cosa de tipificar lo que te pasa, sino de encontrar tú solita la solución… No te veo desesperada, puedes tomarte tu tiempo para hacerlo —contesté, respondiendo a su mirada.

—¿Queréis que demos una vuelta por aquí para bajar un poco el chocolate? Nos vendrá bien a todos —dijo entonces Pachi rompiendo un poco el tema, creo que muy intencionadamente.

Mercedes y yo nos miramos ahora de manera cómplice y aceptamos la proposición. Llamamos al camarero, le abonamos y caminamos hacia el barrio viejo. Salimos por una esquina de la plaza, pasamos por delante de la fachada del mercado y nos perdimos en silencio por aquellas callecicas, mientras la gente pasaba medio gritando a nuestro alrededor. Era un barrio de tascas y sobre todo de gente joven, pero también se veían con frecuencia resistentes como nosotros, de nuestra generación.

—Hacía siglos que no pasaba por aquí… Yo creo que hace por lo menos cinco años que no entraba en Tudela.

—Pues ya ves, Kike, que está como siempre —dijo Mercedes.

—No es verdad eso que dices, hace dos años que estuvimos por aquí a mediodía tomando pinchos con Miguel Ángel —puntualizó Pachi.

—¡Es verdad, Pachi! Joder, no me acordaba… Me lo recordó ahora precisamente esa tasca de ahí… Porque estuvimos ahí, ¿verdad?

—Sí, esa tasca se llama Iturgáiz y dan unas sardinicas cojonudas… Sí que estuvimos, sí. Bueno, yo suelo parar casi siempre por ahí.

—Tienes buena memoria, Pachi, te acuerdas de todo.

—No lo creas. Tú no lo recordarás tanto, pero yo ese día me torcí el pie al salir precisamente de esa tasca con el maldito escalón y estuve sufriendo con él más de dos meses. ¡Cómo voy a olvidar yo aquello! Lo pasé fatal…

Ahora era mi primo el que retorcía la cara y el que avivó también mi memoria.

—Es verdad, ahora que lo dices me acuerdo bien de lo que te ocurrió. ¿Cómo se te pasó al final? —le pregunté.

—¿Cómo se me pasó…? Fui a la consulta de Agustín tres veces. Me miró por rayos, me apretó el pie con un vendaje, me recetó y me tomé de todo… Oye, yo me encontraba igual, estaba decidido a ir a Pamplona. No tenía demasiada dificultad para andar; sin embargo, me dolía una barbaridad…

Agustín era el médico del pueblo y un amigo además, porque tenía más o menos nuestra edad y nos veíamos con él con relativa frecuencia. Pachi me siguió explicando aquel suceso.

—Un domingo, cuando tú ya no estabas, coincidí aquí en el fútbol con el masajista del Fustiñana, que curiosamente lo conocía porque su hija trabajó en el banco conmigo una temporada. Me vio torpe y se empeñó en mirarme aquello allí mismo. Oye, un milagro, me quitó el calcetín, me tocó primero muy suavemente un rato por los dos lados del pie, apretó algo más después y el dolor desapareció por completo desde ese momento.

—¿No te dio con nada? —pregunté sorprendido.

—No… Bueno, él es curandero, o quiromántico, como los llaman ahora, y tiene su consulta allí en Fustiñana. Eso lo alterna por afición con el de masajista del equipo de fútbol de su pueblo.

—Ya ves las cosas que le pasan a tu primo —dijo Mercedes con la sonrisa en los labios.

—Bueno, un dolor así es un problema también… Es un problema más cotidiano si quieres, aunque te puede complicar la vida —salí yo en su defensa.

Llegamos sin proponérnoslo a la puerta misma de la catedral. La verdad es que es algo sorpresiva por su situación, en una calle estrecha, casi residual y hundida en el pavimento como si la tierra se la fuera a tragar. Y la potencia de sus arquivoltas es tan intensa que no puede dejar de asombrar a nadie. Es un imán para los ojos y una delicia para los sentidos.

—Está abierta, podemos pasar si queréis… —dije ansioso.

—Vamos, Kike, aunque no te hagas muchas ilusiones porque seguramente tendrás que pagar algo.

—Bueno, bueno, Mercedes, ya veremos, pero es que es la primera vez que la veo abierta cuando paso por aquí —le respondí.

—Ha estado mucho tiempo en obras —dijo entonces Pachi.

Efectivamente tenía razón Mercedes: había que pagar. Un pequeño trozo próximo a la entrada quedaba abierto y daba paso a una capilla para el culto, pero más del noventa por ciento de la iglesia estaba cerrada con una valla metálica. Para poderla ver, había que entrar por otro sitio y pagar.

—¿Tomamos unos pinchos en el Iturgáiz? Son casi las diez… —propuso Pachi, y no lo dudamos, nos fuimos todos hacia allí.

Antes de entrar, recibí una llamada de teléfono: era Nora.

—Entrad vosotros, que yo voy a contestar aquí, ahora voy… ¿Qué tal, Nora?

—Muy bien, ¿y tú qué haces?

—Estoy con mis primos en Tudela, ahora vamos a tomar algo en un bar… Ya veo que te acuerdas un poco de mí, menos mal…

—Yo siempre me acuerdo de ti, Kike, ¿es que lo dudas? Pero qué bien que te lo pasas, ¿no?

—Bueno, es una vida tranquila la de por aquí. No creas que hay mucho que hacer salvo comer, dormir, pasear y beber algo también.

—Procura no beber mucho, que luego te sienta mal.

—Y tú, Nora, ¿qué haces ahora?

—Estoy con Emma. Hemos salido a tomar algo y hemos ligado. Hemos ligado con dos tíos de pasta y nos están invitando

a todo. Ahora estamos cenando en el hotel Villamagna, te llamo desde aquí…

—Nora… Ten cuidado, a ver dónde te metes.

—Ahora vamos a bailar a un sitio de por aquí, creo. Nos lo vamos a pasar pipa…

—Bueno, pues… que te diviertas, pero ten cuidado y no bebas demasiado. Ni se te ocurra probar nada raro.

—Vale, Kike. Un besito fuerte, fuerte…

—Un besito, princesa.

La verdad es que le gustaba divertirse y yo no se lo reprochaba, me agradaba que lo pasara bien, estaba después mejor. También era lista y solía saber en dónde se metía; sin embargo, podían darse a veces situaciones confusas, incluso complicadas, de las que no era tan fácil salir airoso, y ese era el único miedo que me daba… Aunque era su vida y no la mía y era ella quien la controlaba.

Entré en el local, en Iturgáiz; un letrero con ese nombre se montaba sobre el mismo dintel de la puerta de acceso. Dentro era grande, aunque no lo pareciera desde fuera, con una barra larga y con bastante gente dentro… Había demasiado ruido, casi todos hablaban en un tono muy alto y resultaba incómodo. No era fácil localizar a nadie allí, pero lo intenté e incluso hasta lo conseguí. Pachi y Mercedes estaban en un extremo de la barra hablando con una pareja joven. Me acerqué lentamente y pidiendo paso hasta que logré llegar.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó mi primo.

—Pues… un vino blanco fresquito… Un *chardonnay*, por ejemplo.

—Buena elección, porque aquí en Navarra cultivamos esa uva desde hace tiempo y solemos hacer buen vino con ella… ¡Oye! ¡Cuando puedas, me pones un *chardonnay* frío y un botellín! —le chilló Pachi al camarero, que cruzaba por allí.

—¿A Mercedes no le pides nada?

—Mercedes sigue con su Coca-Cola, no la vas a sacar de ahí. Eso sí, le gustan mucho los pinchos, aunque ya se los pedirá ella cuando quiera.

Precisamente Mercedes estaba un poco apartada hablando con la pareja joven y, cuando me vio con Pachi, me llamó enseguida.

—Kike, ven aquí, que te voy a presentar a alguien.

Le hice caso y me acerqué con la mejor de mis sonrisas.

—Mira… No sé si conocerás a Sergio y a…

—Pilar —contestó el joven.

—No, creo que no los conozco… O eso me parece, por lo menos —respondí yo.

—Bueno… Sergio y Pilar son también de Apioz. Sergio Royo Ortega es el hijo de Eva —me aclaró Mercedes.

Nada más decirme aquello, identifiqué su mirada… Era la misma que la de la Eva que yo conocí: ojos grandes, azulones y expresivos… No pude evitar el azoramiento, y creo que se me notó porque el chaval no apartaba su vista de mí. Me salió un saludo flojo e inexpresivo y apenas escuché su contestación.

—Hola, Sergio —dije.

—Así que tú eres Kike Subiza, ¡vaya! Sí había oído hablar de ti en alguna ocasión.

Me armé de valor y le contesté como pude en aquel momento. Aunque creo que me sobrepuse lo suficiente como para hacerlo en un tono casi normal.

—Yo era amigo de tu madre cuando éramos casi unos chavales… Te pareces a ella, tienes sus mismos ojos… Y su misma figura delgada también.

—Eso me dicen, sí… Y vives en Madrid, ¿no?

—Sí, todavía vivo en Madrid —le contesté.

No sé cómo dije esa gilipollez porque siempre había vivido en Madrid, pero me salió así. La pareja se integró otra vez con el grupo de amigos con el que se encontraba y Pachi me puso la copa de *chardonnay* delante de mis ojos. Yo no me acordaba ya para nada del vino; sin embargo, lo cogí instintivamente con la mano y me lo bebí todo de un solo trago.

—¿No te habré puesto nervioso con la presentación? —me dijo suavemente Mercedes al oído.

—Un poco, pero ya se me ha pasado… Esto me trae recuerdos antiguos y… muy agradables para mí.

—Sí, Kike, se te ha notado algo… No sé, estabas como un poco cortado.

—Sí, estaba más que cortado, Mercedes, pero no es tu culpa, lo siento…

—Bueno, no pasa nada… Eva Ortega no está aquí, está fuera, en Francia. Está en París pasando una larga temporada en casa de su hermana, que vive allí… ¿Quieres que te avise cuando yo me entere de que ha vuelto por aquí?

—¿Cómo? —le dije bastante confuso.

—Nada, no he dicho nada, déjalo.

—No, no, Mercedes, sí, quiero que lo hagas… Avísame cuando vuelva, por favor, y… gracias —respondí.

Pachi estaba en todo, aunque a veces parecía que no se enteraba de nada, y me miró con una sonrisa burlona, casi molesta. Y, antes de que pidiera nada, me puso otra copa de *chardonnay* en la mano.

—Toma, *mocé*, y esta vez no te la tomes tan rápido, que te vas a atragantar.

No le di las gracias, pero se lo agradecí con la mirada y le hice caso, me la tomé muy despacio y saboreándola en cada trago. Sobre la mesa había además media docena de sardinas asadas, que demostraron la fama que tenía ese local en prepararlas bien, estaban extraordinarias; tanto que pedimos otra media y por supuesto una ronda de vinos más.

Al final Mercedes llevó mi coche y volvimos a Apioz a las doce de la noche. No había nadie por la calle ya.

Aquella noche me costó mucho más conciliar el sueño. Me había impresionado el contacto con Sergio y miles de imágenes pasadas me venían a la cabeza sin poderlo evitar. No quise entonces pasarlo y me dejé llevar, hasta que perdí las fuerzas y caí en un profundo sueño, largo y reconfortante, que me llevó otra vez de nuevo a la luz del amanecer. Y a la conciencia de las campanas de la iglesia… Con los cuartos, las medias y las enteras. A pesar de que ya me había acostumbrado a escucharlas.

Me senté en la cama y un bulto cayó de ella y siguió por el suelo… Era uno de los gatos, había dormido conmigo y yo sin enterarme. Me dio por reír, me pareció divertido. El gato no pudo salir porque estaba la puerta cerrada y se puso a maullar mirándome; eran animales educados, sabían pedir las cosas.

El día apareció limpio de nubes y con un sol espléndido, era un buen día para caminar. Al abrir la puerta del dormitorio, volví a saborear en el aire el aroma de los churros recién hechos. El gato salió entre mis piernas rápido como un rayo, no pude ver bien hacia dónde.

Mercedes estaba de espaldas lavando unos platos en el fregadero, aunque percibió enseguida mi presencia y me saludó cortésmente.

—Hola, Kike. ¿Has dormido bien? —me dijo.

—Sí, ¿y tú? ¿Qué tal has dormido tú?

—Bien, yo siempre duermo bien, no hay problema… —contestó.

—Tú siempre estás bien, Mercedes, te adaptas demasiado a la vida. ¿Por qué no dejas en algún momento que la vida se adapte a ti?

—Ay, no sé, quizá es que quiera vivir tranquila, o es que a lo mejor no sé vivir, no he llegado a aprender… Tal vez no sea tan fácil —dudó, mirándome.

—Posiblemente sí has sabido vivir porque has vivido conforme y a gusto, porque has vivido bien. Aunque… es posible que te hayas dejado muchas cosas en el camino sin probar. Cosas que casi nunca te habían preocupado y que, en algún momento, y no sabes muy bien por qué, reclaman hoy tu atención.

—Tienes churros, los he hecho también hoy… —respondió, intentando tal vez cambiar de tema, mientras lavaba bajo el grifo una cuchara de madera.

—Ya lo veo, o mejor dicho, ya los huelo, Mercedes. Casi, casi desde la cama me llegaba su olor. Gracias por preocuparte tanto por los demás, eso es una buena virtud.

—Bueno, tampoco me voy a África a atender a niños desnutridos —respondió secándose las manos del agua del fregadero.

—No hace falta irse al tercer mundo a ayudar, aquí se pueden hacer muchas cosas aún, y siempre se van a poder hacer. Sin embargo, la sociedad que se va desarrollando es más fría y desconfiada y cree mucho menos en cosas tan básicas como ayudar a los demás. Nos comprometemos cada vez menos con todo… Lo noto en mí y me fastidia mucho tener que aceptarlo —creo que quizá aquí derivé un poco y Mercedes casi me dejó de escuchar.

Pachi entró en ese momento también en la cocina, siempre con su media sonrisa en la boca.

—Qué tal, *mocé*. Has dormido bien, por lo que parece, cuando vienes ahora a desayunar.

—¿No vienes tú ahora a hacer lo mismo? —le respondí con una pregunta.

—Yo vengo del huerto, de coger unas verduricas para comer. Ya he tomado un café antes, ahora vengo a sentarme tranquilo y a probar los churros.

—¿Tienes muy lejos el huerto? —dije yo.

—No, pero hay que ir en coche… No debe llegar a un kilómetro la distancia desde aquí, lo que pasa es que, si traigo algo, se me hace ya muy pesado —me respondió.

—No te olvides de darme la simiente de borrajas para mi amigo Andrés.

—La tienes ahí, encima del aparador, cógela cuando te vayas —dijo él señalándomela con su dedo.

—¿Vais a ir a andar hoy? —me preguntó Mercedes.

—Pues… por mí sí —le contesté.

—Claro que vamos —respondió contundentemente Pachi—. Hoy hace mucho mejor día que ayer. Casi, casi ni sopla el cierzo.

Cuando fui a salir de la cocina para ir un momento al servicio, me paró Mercedes y mirándome me dijo.

—Oye, Kike. Ha llamado Cristina, tu prima, dice que quiere verte… Ha llamado esta mañana aquí. Quiere que comas hoy con ella, ¿te parece?

—¿No puede venir a comer ella aquí? —pregunté.

—No, está cabreada con su hermano, con Pachi, no quiere verlo… Estos son como la pólvora, se encienden enseguida.

—Está bien, dile que sí —le contesté.

—No, no, díselo tú. ¿Tienes su teléfono? —me cortó Mercedes.

—Creo que sí, aunque dámelo por si acaso.

Tuve que llamar a Cristina y quedé con ella a las dos y cuarto en el Trébol.

Desayunamos después tranquilos saboreando las delicias culinarias de Mercedes y yo luego me vestí y salimos los dos primos a pasear. Hoy había el doble de gente, se notaba que el tiempo era mucho más propicio. Apioz se iba haciendo viejo también y había una proporción grande de jubilados y prejubilados que empleaban el día en todas estas cosas: pasear tranquilamente andando o en bici, charlar o jugar a la baraja en los bares, darle a la petanca en el parque y acudir a los trabajos formativos programados por el ayuntamiento…

Algunos más creativos leían y escribían; se editaba un pequeño periódico en internet: *El ritmo de Apioz*, llevado por un periodista jubilado y dos estudiantes. Incluso el pueblo contaba con dos pintores autóctonos que se pasaban el día en calles y campos con el caballete a cuestas. Uno era bastante bueno y el otro no tenía muy buena mano, aunque se entretenía y tenía muy buen rollo con los que lo miraban. Existía también una pequeña banda municipal, que no dejaba de tocar siempre que tenía la oportunidad de hacerlo.

Y además estaban las peñas. El mundo de las peñas aquí era fundamental. Había peñas para todos: para niños, para jóvenes y para los más mayores. Peñas solo de tíos, peñas de tías y peñas para grupos de parejas y matrimonios.

Casi no hicimos ejercicio, nos parábamos continuamente saludando. Tuve la ocasión de encontrar a mucha gente conocida,

incluso a familiares lejanos que no veía desde niño. Pero esta vez no apareció José Luis Minondo; sin embargo, me dijo Pachi que sí, que lo había visto de lejos en su bici pasando por el puente hacia Ribaforada.

Acabamos en el Chévere, con Chomin, tomando una cerveza. Él también había salido a hacer ejercicio, pero con la bicicleta. Decía que llevaba desde las ocho de la mañana pedaleando por ahí. Había ido a Tudela por la margen norte del río y había vuelto.

—¿Hoy no está Cristina por aquí? —le pregunté.

—No, Kike. Ella no viene a trabajar al bar hasta por la tarde, ahora está despachando en el súper. No sé cómo lo puede hacer, es una máquina. En el Chévere está tarde y noche los fines de semana y algo menos los demás días. Pero mira por dónde ahora la vas a ver porque he quedado yo con ella para comer aquí. Afortunadamente, se ha llevado a la niña hoy su ex… Bueno, ¿qué queréis tomar?

—Cerveza para todos, ¿no? —dijo Pachi.

—Yo ya sabes que prefiero el vino blanco frío… —le respondí.

Chomin se volvió hacia la barra y habló fuerte y alto.

—Isadora… Dos botellines y el vino ese blanco que tienes tú por aquí y que dices que está tan rico.

Isadora era la mujer de Alexis. Tenían los dos un cierto aire caribeño: grandes, anchos, de piel tostada y con labios abultados. Y era gente muy agradable, sobre todo trabajadora. Vino sonriente con las consumiciones e incluso hizo un comentario.

—Ese vino que llevo yo es un albariño que me traen directamente de una bodega de Cambados. Llevan ya tiempo distribuyéndolo por todos estos pueblos de por aquí y cada vez se bebe más. A mí me gusta un montón y a Alexis y a Cristina también. ¿Queréis probarlo todos…? Aún no abrí los botellines.

—Bueno —dijo Chomin—. Aún no lo conozco, pónmelo.

—A mí no, Isadora, a mí me das el botellín, me dan mucha acidez los vinos blancos —respondió Pachi.

—A lo mejor este no te la da, tiene menos química —dijo ella.

—Prefiero no probarlo por si acaso.

En aquel preciso momento, entró Cristina Castedo por la puerta y fue hacia ellos. Chomin la recibió con un beso, que ella contestó a medias.

—¿Quieres un albariño? —le dijo también.

—Sí, cómo no, un vino de mi tierra siempre es bienvenido.

—¿Eres gallega, Cristina? —le pregunté.

—Por los cuatro costados, mi padre es de Mosteiro, mi madre de Villagarcía y yo nací en Cambados… Todos de la comarca de O Salnés.

—¿Y qué haces tú por aquí, chiquilla? —dije yo haciéndole una mueca.

—Me enamoré y me trajeron hasta esta tierra… Un sinvergüenza, ¡qué le vamos a hacer! De todas formas, los gallegos somos por naturaleza viajeros, no lo olvides.

Cristina era una mujer agradable y guapa, que había tenido que espabilarse pronto porque tenía que sacar adelante a su hija de seis años. Las malas lenguas decían que se acostaba por dinero con quien se lo propusiera y probablemente no fueran muy desacertadas en alguna ocasión. Chomin la ayudaba ahora con lo que podía, aunque tampoco tenía él una economía demasiado saneada.

Cuando se me ocurrió mirar el reloj, vi que eran ya las dos y veinticinco y había quedado con mi prima a las dos y cuarto. Les di el adiós a todos, reforzándolo con la mano, y salí a ver a la otra Cristina. A Cristina Subiza, que suponía que ya me estaría esperando.